



ACADEMIA CHILENA
DE CIENCIAS SOCIALES
POLÍTICAS Y MORALES

LA IZQUIERDA CHILENA Y EL PROCESO

DEMOCRÁTICO HASTA 1973

Por Joaquín Fernandois Huerta

¿Hacia dónde?

¿Qué tipo de democracia era al que aspiraban Salvador Allende y las fuerzas de las que el fue el principal dirigente y símbolo?

Se suponía que las características de la Unidad Popular, estaban en su variedad. En lo esencial, sin embargo, los dos principales actores de la coalición, y luego otros menores, sustentaban principios acordes con el marxismo revolucionario del siglo XX, si bien hasta la primera mitad de los 1960 sostenían que lo realizarían por medios electorales y por la movilización. Sus principales modelos reguladores consistían en lo que después se llamó los sistemas del “socialismo real”. Si hasta comienzos de los 1950, bajo la denominación de socialismo se encubrían como en tantas partes desde visiones radicales hasta algunas de tipo socialdemócrata, desde mediados de esa década se dejó atrás a la Yugoslavia de Tito -una dictadura por lo demás- y se orientó a la Argelia revolucionaria -que devino en régimen



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

militar-, y la Cuba de Castro, se callaron las críticas a la Unión Soviética y se añadió a Alemania Oriental (comunista). En política interna se llegó a proclamar un camino más revolucionario en los métodos que el comunismo. Había retórica, pero había más que ello también.

La trayectoria del Partido Comunista está muy delineada y estudiada, como fiel seguidor del modelo soviético desde sus orígenes. No significa que haya sido marionetas de Moscú, así como pocos o nadie lo era de la CIA. Nada más alejado de lo que sabemos en la historia documentada. Así como el resto de la izquierda -y de las otras fuerzas políticas en especial de la derecha-, el comunismo tenía profundas raíces en la historia de Chile del siglo XX. Lo que sucede es que en Chile como en tantas partes el marxismo era una religión política, un milenarismo, que vivía de la creencia ardiente que el mundo marchaba en una dirección y que era necesario sumarse como peregrinos de una causa suprema. La existencia de los “países socialistas” -más exacto es decir sistemas marxistas- parecía una prueba infalible. Incluso quienes temían este futuro aparentemente infalible, podían resignarse al hecho de que en ningún país marxista había dejado de serlo; que desde la Revolución bolchevique sólo se habían sumado países a ese bloque. Era (o es, más pálida hoy en día)



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

una religión política además envuelta en un lenguaje de certidumbres científicas o seudo científicas.

No era cosa de intelectuales, si bien anclaba profundamente en el mundo de la cultura -que siempre ha intentado bañar con desdén al que no considera “progresista”- y tenía todo un símbolo en Pablo Neruda. También lo hacía en buena parte de la sociedad chilena: en el mundo sindical, en la votación obrera y minera (con excepciones importantes), en el mundo de la educación en donde casi monopolizaba la educación básica; en algunas regiones. Así mismo, el ser comunista y en general el ser marxista no era una preferencia intelectual o política a la hora de votar por elegir autoridades, sino que una forma de ser y hasta de vivir. Esto último era más cierto en el comunismo que en el socialismo. En suma, en Chile a mediados de siglo estaba firmemente anclada una subcultura marxista que era minoritaria en el país. También era organizada y tenía un propósito, segura de que de que el futuro le pertenecía. No habrá sido la mayoría absoluta pero era sí la minoría más organizada, y eso cuenta mucho en cualquier sistema. Era evidente que el camino electoral venía a ser una tentación y una necesidad. En la formación intelectual y emocional del marxismo chileno era muy importante el mito de la Revolución. Que las democracias populares fueran reales democracias era creído subjetivamente por una buena cantidad de los



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

militantes. Los dirigentes aprobaban la exclusión de todo adversario real o potencial en los países marxistas.

Todo esto ponía sobre el tapete un tema esencial a la existencia de las persuasiones antisistema, que no son activamente revolucionarias y no muestran ningún interés estratégico en el cuidado del sistema democrático. En el caso del marxismo los tachaba de “democracia burguesa”, que en el mejor de los casos precede a una democracia popular o de verdad. Desde el origen de la vida democrática moderna se planteó este dilema. ¿Es legítimo que se permitan derechos políticos organizaciones o partidos que tienen un fin sustituir al sistema democrático, eliminando sus características principales como es la libertad política? La pregunta es razonable pero las respuestas han sido siempre problemáticas. Al final la prescripción de estos grupos u organizaciones termina minando ese elemento fundamental de la democracia, la espontaneidad y libertad política. El Partido Comunista fue proscrito por 10 años en 1948, y sus militantes fueron privados de derechos políticos. Algunos centenares fueron enviados a un centro de detención en Pisagua. La parte dura de la persecución duró año y medio. Después hubo tolerancia práctica hasta 1958. Parlamentarios comunistas eran electos en la lista del Partido Socialista.



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

Parte del sistema, antisistema

Con una salvedad sustancial, la izquierda chilena de persuasión marxista podía ser parte del sistema mientras se hallaba en oposición. Todas las izquierdas deben tener entre sus banderas de lucha el principio de la igualdad. Aunque se pretenda mantener en el margen de la sociedad abierta (que es más amplia que la democracia pero la supone) debe saber, como en el caso paradigmático de la socialdemocracia alemana en torno a la Primera Guerra Mundial, y a veces salvar al sistema. La izquierda de los años 1960 no aportaba en este sentido, alimentando una tendencia general en deslealtad a los principios de la sociedad abierta. Esta es una tentación de las democracias. Sin embargo, si llegaba al poder estaba condenada (salvada, en su autopercepción) a marchar al modelo de las democracias populares, multipartidistas sólo en la fachada propagandística. El programa de la Unidad Popular aseguraba que se pretendía solo la “transición al socialismo”, por lo menos los primeros seis años. Lo que se alcanzó a avanzar ya los dos primeros años indicaban cuál era la dirección, y que solo era un respiro hasta el socialismo final. No era muy tranquilizador para la oposición.



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

Había otro elemento que era tradicional en el Partido Comunista y que creaba un problema central para la democracia. Aquel disponía de un instrumento distinto y particular. Tenía paralelamente a su organización oficial un aparato secreto para una posible clandestinidad; esto venía desde las condiciones para adherirse a la Tercera Internacional. Era un recurso difícil de ser tipificado legalmente; desde luego, iba contra todo espíritu de la vida democrática más allá de la discreción de discusiones y de algunas decisiones que tiene cualquier grupo. No era nada de tranquilizante para las fuerzas policiales y militares. Esta organización, como se comprobaría después de 1973, era bastante eficiente, aunque no haya funcionado a la perfección, y contaba sobre todo con la participación de militantes abnegados y dispuestos a sacrificarse. Incluía algún grado de preparación militar. Había más.

Se trataba de la creación de células secretas en las Fuerzas Armadas, particularmente entre soldados y suboficiales, en especial en la Marina. Esta organización no actuaba políticamente, a lo más en incidencias de tipo gremial. Era una fuerza latente y el alto mando estaba consciente de su existencia, pero o no podía o no se atrevía a actuar ya que son situaciones en las que es difícil mostrar pruebas.



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

Esto se revelaría de manera dramática en 1973. Existía la experiencia de la rebelión de la marinería en 1931. Se añadió un segundo trauma válido para toda la región latinoamericana, y que explica algo de la violencia tantas veces desproporcionada que usaron las fuerzas militares y policiales en los años 1970. Impactó el triunfo de las fuerzas revolucionarias en Cuba en 1959 sobre unas fuerzas armadas regulares, seguramente mediocres. Tras el desenlace se fusilaron alrededor de 700 oficiales en las semanas siguientes, en espectáculo público de escarmiento. Los ejércitos latinoamericanos lo vieron como un desafío futuro. Se desarrolló un estado de ánimo que permitió una guerra total, muchas veces salvaje.

En Chile tenía su contrapartida. En el curso de la década de 1960 se fue formando dentro de la izquierda una actitud mimética con la Revolución cubana y con el mismo Castro, más tarde con la figura de Guevara. En 1965 se fundó un grupo pequeño, decidido y que después probaría su capacidad de sacrificio. Era el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), que tenía como propósito expreso efectuar la revolución de inmediato privilegiando la vía armada. Desde la década de 1930 en que los “nazis” chilenos habían tenido la misma posición, no había existido una juventud exaltada que persiguiese esta finalidad. Lo mismo comenzó a pasar en el ala de izquierda de los socialistas, con la mirada benevolente de sus dirigentes, incluyendo a



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

Salvador Allende. El lenguaje de los partidos de izquierda devenía más agresivo y culminó en términos tácticos -no en la meta final-, en que los socialistas llegaron a ser más radicalizados que los comunistas en su acción política. Ello se vivió abundantemente en los años de la Unidad Popular. En 1967 el partido proclamó oficialmente la preferencia por la vía armada para Chile. Al mismo tiempo en 1968 y 1969 aparecieron algunos grupos y grupúsculos, en una acción de guerrilla urbana muy limitada al lado de la que existía en esos años en América Latina, pero con gran potencial de crecimiento. En 1970 esta guerrilla fue detenida por la autoridad de Castro, asistiendo a su amigo y gran aliado político, Salvador Allende, el que, como se lo decía a dirigentes de Europa Oriental, tenía la misma meta que Fidel Castro solo que lo haría por métodos pacíficos.

Democracia, solo la izquierda

¿Qué sentía la izquierda hacia la democracia chilena? La miraba, a la democracia chilena, con dos caras. Una, como un sistema de dominación de clase, plagado de injusticias que solo podían ser remediadas por una democracia avanzada de tipo “socialista”, con sus modelos respectivos, a veces incluyendo a algunas dictaduras



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

tercermundistas. La otra cara, era que efectivamente había elementos democráticos dignos de resguardarse en esa tradición; sin embargo, estos se debían exclusivamente a la obra de la misma izquierda, o sus movimientos sociales. Es decir, la institucionalidad democrática es aquello que representaba a la izquierda. Esto no podía ser nada tranquilizador para las otras fuerzas políticas, aunque tampoco se puede decir que era muy consciente de esta realidad. Hay que añadir que este supuesto está en consonancia con algo implícito en Marx: el proceso histórico eliminaba lo inútil o malsano que pudiera producir y conservaba aquello que vale la pena conservar. Sacaba la conclusión que quién decidía qué era lo que se conservaba era la misma izquierda y no una estructura constitucional determinada. Poco y nada se decía de defensa de la Constitución. En el mejor de los casos se decía que todo pertenecía a una democracia burguesa, que sería sustituida por la democracia socialista antes de arribar al comunismo final.

Nada de lo que se afirma aquí significa que esta persuasión haya sido el mal por antonomasia, frente a un bien que representarían las otras fuerzas. La realidad de la condición humana no permite ese tipo de afirmaciones. En los hechos, en ese Chile de fines de los años 1960 abundaban síntomas de que el sistema podía experimentar una posible crisis, a pesar que en lo social y económico, sin un progreso



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

extraordinario, tampoco había mayormente nada parecido a una recesión. Aumentó la movilización y la violencia en las calles, muy menor al lado de otras latitudes, pero que en Chile se veía como un aire nuevo. En 1968 comenzaron los problemas al interior de las Fuerzas Armadas por motivos gremiales. En 1969 se produjo la toma de un regimiento, que probablemente no tenía como meta un golpe de Estado, pero indicaba que la situación se encaminaba a una crisis institucional. Se añadía algo demasiado común en la época, la llamada Revolución Cultural de los 1960 que, como en casi todas partes incluyó a la revolución universitaria.

Ello no implicaba forzosamente un desenlace como el ocurrido en Chile. Ciertamente, en el paisaje electoral de 1970 un triunfo de Jorge Alessandri o, menos probable, de Radomiro Tomic, quién mal qué mal representaba al partido más votado de Chile y ello seguiría ocurriendo hasta fines de siglo, el panorama no era tanto mejor. Era una crisis en la distancia.

Con todo, la crisis concreta que se desató fue causada por el triunfo electoral del 4 de septiembre de 1970, lo que no debió ser tan extraño para cualquiera que hubiera hecho un análisis electoral o leído la única encuesta conocida de la campaña. Allende tuvo menos votos



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

porcentuales que en 1964; su inmediato contendor Jorge Alessandri tuvo más votos porcentuales que cuando fue electo presidente, pero perdió estrechamente por poco más de un 1% de los votos ante el 36,3% de Salvador Allende. Esto provocó una explosión de alegría poco contenida en todo el mundo izquierda y de la noche de la mañana Chile se transformó en un campo de experimentos de alcance mundial. Se trataba de construir el socialismo a partir de elecciones libres. De qué socialismo se trataba era poco lo que se decía.

Esa noche y los días que siguieron hubo dos países, el que se celebraba y el otro, anonadado, rumiando acerca de los tiempos oscuros que vendrían. Esta segunda reacción también cogió de lleno a muchos sectores del Gobierno, incluyendo al Presidente Eduardo Frei. Fue el escenario en que se dio la intervención activa de Estados Unidos por orden de la Casa Blanca sin obtener absolutamente nada. En teoría podría haber una nueva elección mediante un truco constitucional, pero hubiese oído a golpe blanco. Simultáneamente comenzaron conspiraciones y pequeños grupos intentaron sin éxito crear una atmósfera de caos. La Casa Blanca por medio de la CIA apoyó a un grupo de militares y civiles para que dieran un golpe de mano. Sucedió que en el curso del mes de septiembre la gente y no pocos jefes de las Fuerzas Armadas, que antes miraban con espanto la posibilidad de un gobierno marxista, comenzaron a acostumbrarse



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

a la posibilidad de éste, un cambio quizás decisivo. A mediados de octubre, Estados Unidos retiró su apoyo pero los pequeños círculos de oficiales activos y en retiro y algunos civiles continuaron por su cuenta, lo que culminó el 22 de octubre con el intento de secuestro y finalmente muerte del comandante en jefe del ejército el general René Schneider. Fue el segundo gran magnicidio de la historia de Chile después de Diego Portales en 1837. El fracaso de la intentona aseguró el apoyo de las Fuerzas Armadas al orden institucional, al menos por dos años.

Estrategia de la transición y contramovilización

De esta manera, la inauguración el 3 de noviembre de lo que mundialmente se conoció como la “experiencia chilena”, aparecía muy auspiciosa para el proyecto de la Unidad Popular. Ciertamente en esta situación ambigua convivía un alma con voluntad revolucionaria junto a una práctica que había sido institucional, creadora de hábitos difíciles de desarraigar. La voluntad revolucionaria se subordinó a Salvador Allende, personalidad de gran capacidad táctica, en una política donde se movía con destreza. En un caso especial de proceso revolucionario (como acertadamente lo llamó Fidel Castro), Allende no



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

era el líder indiscutido de la coalición sino el *primus inter pares*, que constantemente habría de negociar su posición. La soledad final de Allende el 11 de septiembre, podría explicarse a partir de esta posición entre dirigente, líder de referencia -con mando relativo- y figura emblemática. Llegado cierto momento no pudo más manejar la coalición, ni atreverse a decidirse por una versión de ella para trazar una meta distinta a la “transición al socialismo”; lo hubiera considerado traición a sus propios principios. Mas el todavía en Año Nuevo de 1971, el panorama parecía auspicioso.

La Unidad Popular no lanzó, en efecto, una toma de poder armada. Aunque no estaba del todo desarmada, no podía hacerlo, mas sí podía desarrollar una estrategia cuasi subversiva de movilización como arma general. Poseía el domino de las calles y favoreció la toma de empresas e industrias. La coalición gobernante nunca gozó de mayoría parlamentaria y de ahí que sobrevino este tipo de acción directa, violenta pero no armada. La ola de “tomas” se extendió al mundo agrario acelerando la reforma agraria y los odios que de ellas surgirían, ayudando a crear un panorama general de caos. Esto se haría plena realidad al cabo del primer año, mientras en los primeros meses del gobierno la mayoría de los habitantes parecían ignorar la crisis que se incubaba.



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

En efecto, la “revolución chilena” (como proceso revolucionario) no impuso y no podía imponer de partida medidas que implicaban rendición total. Optó pues por la técnica populista de inyectar una enorme cantidad de dinero en la economía bajo el supuesto de que se iba a poner en marcha una capacidad ociosa. Junto con esta oleada, en el fondo confiscadora, se entregaron ingentes recursos a la población, provocando un crecimiento económico extraordinario para 1971, y que en los sectores medios y de la base de la pirámide, incluso la de muchos medio-altos, provocó una sensación de prosperidad que por meses engañó a no pocos. Muy rápidamente, en el segundo semestre de 1971, comenzó a producirse la inflación, el agotamiento de las reservas, aunado a escasa inversión en nuevas actividades productivas. La crisis económica que caracterizó a 1972 y 1973 -después cambia de rostro, pero no de intensidad- se incubó en este momento y costó mucho al país poder librarse de sus consecuencias. Un factor importante contra el gobierno de la unidad popular –pero no decisivo en el desenlace final- fueron las protestas y movilizaciones.

En las elecciones municipales de abril 1971 la Unidad Popular obtuvo un triunfo político con una mayoría absoluta de poco más del 50% de la votación. Siendo elecciones municipales no tuvieron consecuencias institucionales, siendo sí un triunfo psicológico. Este



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

poder electoral de la UP, en cámara lenta, fue disminuyendo hasta 1973. En marzo de aquel año ostentó todavía un 44% más o menos sólido (entonces la oposición obtuvo un 55%).

En julio de 1971 el Congreso votó la nacionalización del cobre (a nuestro juicio de menor significado económico que lo comunmente afirmado) que recibió un apoyo unánime, entre otras razones porque la oposición no quiso disputar un tema apoyado por la población.

Hubo entre tanto en junio de ese mismo año un hecho siniestro que confirmaba que el país había pasado a otra etapa: el asesinato del ex Ministro del Interior de Eduardo Frei, Edmundo Pérez Zujovic, crimen que selló la entente de esa importante fuerza de centro, la DC, con la derecha política, que solo se fortalecería (no sin problemas) hasta el 11 de septiembre de 1973.

Vino luego una segunda etapa, la conformación de bloques, desde aproximadamente la visita de Fidel Castro -éxito inicial hasta que provocó una reacción- incluyendo un intento de parte de la oposición por detener el proceso, que duró casi hasta el final, y que incluía la polarización por la dinámica de ambos bandos. En la derecha había, desde el otoño del 1971, la estrategia de detenerlo a toda costa; la Democracia Cristiana se jugó por un proceso institucional, sabiendo que solo podía tener éxito en alianza con la derecha, con la que tenía



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

un acuerdo de fondo aunque parcial, y se transmutó en contramovilización, también de poco espíritu democrático.

La reforma constitucional de las Tres Áreas era un argumento jurídico clave para detener el proceso. Mientras tanto, la paralización penetraba con mancha de tinta a todo el cuerpo social. Incluso arribó, como inevitablemente tenía que hacerlo, a las fuerzas armadas, de manera más o menos abierta desde abril de 1973, sobre todo en los oficiales de rango intermedio. La Unidad Popular, junto con la asesoría cubana, tenía un plan militar, pero solo podía resultar si había divisiones en las Fuerzas Armadas chilenas. Desde el Paro de Octubre (1972) hasta el golpe del 11 de septiembre se puede hablar de guerra civil política. Ciertamente EE.UU. jugó un papel financiando en parte a la oposición. También lo hizo con intensidad e influencia directa la Cuba de Castro. Más a la distancia, la Unión Soviética lo hacía con discreción, empleando en inteligencia Alemania Oriental.

La Unidad Popular, fiel a su historia, no podía renunciar a su proyecto, la “transición al socialismo”, propósito de la oposición. Para una subcultura que vivía como experiencia cuasi-religiosa la transición al socialismo, ello era imposible. Desde su perspectiva, era una rendición a sus principios vitalmente experimentados; y de lo que creía eran sus intereses, que coincidirían con los intereses de la



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

inmensa mayoría de la sociedad, una moderna versión de la “voluntad general”.

Quizás, si la victoria electoral de la izquierda marxista hubiese sucedido diez años después, esa izquierda ya hubiera estado desgarrada entre la versión ortodoxa, ultrista, del salto cualitativo en la historia humana, tal como lo habría hecho el “socialismo real”; y otra izquierda ya desilusionada de esa meta, que se hubiera volcado, tal como lo haría en el exilio, a la tarea interminable de reformar el modelo occidental, el sistema democrático. Entramos en ese terreno pantanoso de la hipótesis contrafactual, pero que nos ayuda a poner bajo una luz más fuerte el sistema de fuerzas de los tres años de las Unidad Popular.

No se podía asimismo descartar el agotamiento de la oposición y un afianzamiento de la transición al socialismo, al menos hasta la *Caída del Muro*, por nombrar al símbolo del derrumbe de los sistemas marxistas. Chile fue un caso particular de la crisis ideológica del siglo XX. Sigue siéndolo en los desgarros de la sociedad moderna.